

REPERTORIO AMERICANO

PUBLICADO QUINCENALMENTE POR GARCÍA MONGE Y CÍA., EDITORES

VOL. I

SAN JOSÉ DE COSTA RICA, DOMINGO 1º DE AGOSTO DE 1920

Nº 24

El alto precio de la venganza

Los pronunciamientos militares

El Doctor Frank Crane, que hace algunos años era Pastor Protestante, principió a escribir diariamente sermones para los periódicos, en vez de predicarlos cada semana. Por este medio ha llegado a obtener una asamblea mucho mayor de partidarios, que ha crecido constantemente. En la actualidad se imprimen sus homilias en muchos periódicos, al rededor de ciento próximamente, en otras tantas ciudades.—El Doctor Crane es un optimista: el mundo es un verdadero lugar espléndido de residencia; la virtud ensalzada sale siempre gananciosa; el progreso es constante, inevitable; el capital y el trabajo tienden a una inteligencia que pondrá término para siempre a sus luchas y llegarán a descansar sobre bases de amistad y satisfacción cordial. Tales son los temas de sus sermones, que son notablemente populares, seguramente por alentar con ellos de modo halagador las esperanzas, las aspiraciones y la confianza bendita del pueblo en la bondad esencial de los hombres y de las cosas. Porque él habla por y para un gran número de secuaces, el artículo adjunto, de su pluma, es muy significativo:

UNA de las satisfacciones más estimadas en el mercado social es la venganza: no la ha afectado el encarecimiento de todo posterior a la guerra, porque ha sido siempre dispendiosa. Y, ¡qué curioso!, no obstante ser la venganza un gran lujo, el insensato pobre se lo permite tanto como el insensato rico. ¿Qué alma será tan infeliz que se niegue al lujo de sus pequeñas represalias?

Ahora justamente los Aliados y los Estados Unidos (estos últimos insisten en diferenciarse) están en camino de pagarse ampliamente el placer de la venganza. Lejos está del escritor el decir una palabra contra el odio a los Germanos y a los Austriacos, porque ello es prueba inmediata de patriotismo, muy sencillo, y también fácilmente seguido; y la deportación o algo peor espera a los que cumplan el mandamiento «Amad a vuestros enemigos» en cualquier cosa que no sea colaborar en la obra del mal para fines destructores; pero puede llamarse la atención sobre las consideraciones siguientes:

Proseguid la política del odio y de la hostilidad contra la población de la Europa Central, examinad las faltas de los Junkers en relación con sus embaucados y sus víctimas, la masa del pueblo, y...

1º—Promoveréis todas aquellas pasiones que las guerras engendran, manteniendo viva la semilla de una guerra futura y produciendo la mayor

suma de infelicidad y de violencia posible entre ambos contendientes.

2º—Impediréis la prosperidad del pueblo germano, la cual únicamente lo habilitará para pagar sus deudas.

3º—Obstaculizaréis la cooperación industrial de Alemania con los países aliados, lo que haría de Alemania un país insolvente en vez de una nación responsable y desalentaréis designios de futuras venganzas.

4º—Mantendréis vivo el Junkerismo, el Militarismo y el enfermizo Nacionalismo.

5º—Llevaréis a Alemania y a Austria a tomar parte activa en la fuerza armada de Rusia, construyendo y fortaleciendo así una gran amenaza política, sentimental e industrial contra la Europa Occidental y contra América.

El eterno engaño del mundo consiste en suponer que la moral del Estado es diferente de la del individuo. No es así, es idéntica. Si es ventajoso, en el curso de la vida, perdonar a sus enemigos, olvidar los agravios y devolver bien por mal, también es ventajoso para un millón de hombres, o para una Nación, un millón de veces más.

Naturalmente, si vosotros creéis que perdonar a los enemigos es cosa indigna o degradante, eso es otro cantar: regocijaos, obtened vuestra venganza; pero os costará demasiado cara.

N. H. M.

(The Foreign Press Service, Nueva York).

LA historia de España, a partir del regreso de Fernando VII a Madrid, en 1814, ofrece el triste y lamentable espectáculo de una larga serie de conspiraciones y asonadas militares, que ocasionaron grandes quebrantos, profundo malestar y multitud de víctimas en la nación española.

La reacción absolutista de 1814, el restablecimiento del régimen inquisitorial, la terquedad del monarca y su firme propósito de no querer reconocer la Constitución aprobada por las Cortes de Cádiz en 1812, fueron las causas principales que indujeron a una buena parte del ejército español, con gran relajación de la disciplina militar, a sumarse al paisanaje y a intervenir, abierta y decididamente, en las contiendas políticas que ensangrentaron el territorio de la nación hispana durante una buena parte del siglo XIX.

El espíritu de conspiración que animaba al elemento civil, se había infiltrado en los cuarteles y en las filas del ejército, siendo, por tanto, en estos centros donde primero estallaron los pronunciamientos y asonadas.

Cinco conspiraciones militares habían sido descubiertas y severamente reprimidas en los primeros años de la reacción absolutista: la de Mina (1814) en Navarra; la de Porlier (1815) en Galicia; la de Richard (1816) en Madrid; la de Lacy (1817) en Cataluña, y la de Vidal (1818) en Valencia.

Pero, de todos estos alzamientos militares, el que revistió más importancia y mayor resonancia tuvo fué el del comandante D. Rafael del Riego, en las Cabezas de San Juan, en 1º de enero de 1820.

El llamado a realizar este pronunciamiento militar era el coronel don Antonio Quiroga, quien días antes había sido designado jefe del movimiento, por votación celebrada en las logias masónicas de los regimientos comprometidos. Encontrándose preso en Alcalá de los Gazules, logró salir de su prisión en 2 de enero y secundó el movimiento de Riego.

No es nuestro propósito seguir a estos militares en sus éxitos y malaventuras; hemos querido tan sólo se-